

hombres, dice el proverbio, hacen las leyes, y las mujeres las costumbres». Sabemos lo que en la antigüedad hicieron de las mujeres los hombres por medio de las leyes, y sabemos también lo que hicieron del mundo por medio de las mujeres. El Cristianismo comenzó por santificar á la mujer, después, por ella, creó otras costumbres, y con aquellas costumbres hizo nuevas leyes. Así que, por un acto de sabiduría, comenzó por volverse á la mujer, y la realzó. Se le acusó de ello en los primeros tiempos, ⁽¹⁾ y nuestra época que vive á expensas de la antigüedad, ha renovado esta acusación, siendo para nosotros una prueba que comprende la naturaleza humana.

Con los cuidados de una mujer buena, dulce y recta, cambia fácilmente de carácter el hombre porfiado, inaccesible y orgulloso. «Las buenas mujeres hacen los buenos hombres, dice el proverbio; mas, ante todo, la buena educadora por naturaleza es la mujer como madre; sólo por ella se hará mejor la futura generación; en ella descansa la esperanza del porvenir. Por eso, con prudente sabiduría, ha transformado el Cristianismo la familia por medio de la mujer, y ha rejuvenecido al mundo por la renovación de la familia; cambio y renovación sin ejemplo, por las consecuencias benditas que ha tenido. El Cristianismo ha llegado á la solución de este problema, no por la fuerza bruta y por medios artificiales, sino con un ennoblecimiento suave, reflexivo, inteligente y constante.

Devolviendo á la mujer sus derechos, el Cristianismo ha enseñado á los hombres sus deberes. Ha colocado á los hijos bajo una salvaguardia inviolable y moralizadora, y mejorado de nuevo la sociedad y las costumbres; sobre la pudredumbre de la muerte moral, ha plantado la fuerza, la castidad, el pudor y la santidad; se ha desarrollado nueva vida con florecencia magnífica. De este modo ha rejuvenecido el mundo que espiraba.

(1) Esto dió pretexto á Celso para mofarse de los cristianos. (Orígenes, *C. Celso*, 3, 50, 55; 6, 14). Lo mismo Porfirio (S. Jerónimo, *In. Is.*, 3, 12), y Cecilio (Minucio Félix, *Octav.*, 8). Taciano, *C. Graec.*, 33.

APÉNDICE I

FUERA DEL CRISTIANISMO, LA HISTORIA DE LA FAMILIA ES LA HISTORIA DE LA NEGACIÓN DE LA NATURALEZA

1. El concepto cristiano de la historia de la civilización frente á la idea humanitaria.—El breve relato que hemos adelantado sobre la vida de los antiguos, choca por más de un concepto con las miras tradicionales, y casi generalmente admitidas, de los historiadores, sin contar que lastima más aún á los filólogos. También tuvimos nosotros en otro tiempo estas opiniones tan poco conformes con la verdad, y las manifestamos muchas veces, porque en esto dependía menos de nosotros nuestro juicio que del juicio de los que parece hacen profesión de estudiar la antigüedad. Pero cuanto más consultamos las fuentes, más convencidos nos quedamos de que en realidad no se presentan las cosas con colores tan risueños, como se siente uno tentado á creer, y como sucede casi siempre. En este terreno, toda la humanidad, sin excepción, nos testifica que no ha sido lo que debió ser. Se ha desviado del camino que le trazó la naturaleza; no ha cumplido las leyes que le dió; y en su marcha, nos muestra algo que difiere completamente de la pura naturaleza, de la verdadera y pura humanidad, aun cuando tiene constantemente en los labios las dos palabras, naturaleza y humanidad. Cuando afirmamos que, fuera del Cristianismo, se han hecho culpables de la mayor iniquidad con respecto á la naturaleza todas las civilizaciones juntas y todos los pueblos civilizados, no hacemos más que decir una verdad histórica. Si el orden sobrenatural, establecido por el Cristianismo, no hubiese venido en auxilio de la naturaleza, aun en los ca-

sos en que, bajo su influencia, y por efecto de las pasiones humanas, esta naturaleza no ha podido alcanzar su fin en todos los detalles; si este mismo orden sobrenatural no la hubiera elevado á una mayor pureza, ni en toda la historia de la humanidad hasta la edad presente, tendríamos un ejemplo para demostrar claramente lo que es, lo que exige y lo que puede hacer la verdadera naturaleza del hombre.

Mas, para corroborar principios que atacan de frente á las ideas recibidas hasta el presente en la humanidad, no podemos concretarnos sólo á discusiones dogmáticas. Al ver que emitimos ideas fundamentales opuestas á las que tiene el mundo respecto de la historia de la civilización, el mundo nos exigirá pruebas históricas, y no queremos prescindir de esta exigencia.

2. El matrimonio entre los griegos.—Hemos hablado ya del estado de Grecia; con lo dicho basta para demostrar que en la materia que nos ocupa, ni la ciencia ni el trabajo pueden hacer variar la condición de los pueblos. Y si duda alguien de la posibilidad de ver reunidas la más refinada civilización exterior y la barbarie interior más extremada, no tiene más que leer estas líneas y quedará iluminado su espíritu. Si se escandaliza alguien, viéndonos quitar la marca de la verdadera civilización á lo más magníficamente florido del arte y de la ciencia, y á la más seductora de las formaciones del espíritu—á no ser que se encuentre con la verdadera educación del corazón, con la moral y la Religión—le suplicamos que se represente la vida de Atenas tal cual se desarrolló bajo la influencia corruptora de Pericles y de Aspasia. Apareció en aquella época la licencia revestida del más prodigioso refinamiento, lo mismo en la conducta exterior que en la cultura artística y científica; fué la causa de la ruina de los más grandes genios. De tiempo en tiempo, encontrábanse todavía algunos individuos que comprendían perfectamente que aquella vida no era conforme á la naturaleza; pero los mejores no pasaban de piadosos deseos y de votos sin

energía. ⁽¹⁾ Apenas si se atrevía alguno á esperar que pudiera ser mejor la realidad.

Difícil es citar ejemplos en apoyo de nuestra tesis en una obra destinada al público; y lo sentimos, porque desgraciadamente se ofrecen numerosos y en la forma más repelente. Nos limitaremos, pues, á lo estrictamente necesario para poner de relieve la cuestión que estamos tratando; por eso no haremos más que desflorar algunos puntos de vista más importantes.

Ante todo, hay que hacer notar que, desde los tiempos más remotos, se veía ya en la vida de la familia de Grecia una decadencia inquietante. Verdad es que nos encontramos en Homero con una Penélope y con una Andrómaca que nos reconcilian algo con el hogar; pero á su lado vemos una Elena y una Clitemnestra, cuyos nombres lo dicen todo. Más considerable es todavía el mal de parte de los hombres. Sin hablar de las atrocidades primitivas de Atreo y Tiestes, que dan ya testimonio de un terrible rebajamiento en la vida de familia, vemos en Homero dos males fundamentales que debieron destruir la familia y envenenar el matrimonio; era el primero la posesión de las concubinas. Si se quiere saber á cuántas disputas y á cuántos crímenes debió dar origen necesariamente aquella inmoralidad, consúltese la historia de Fénix, que nos ofrece ejemplo aterrador. ⁽²⁾

El segundo mal, más terrible que el primero, era la esclavitud. Llenas están las obras del poeta griego de las horribles consecuencias á que dió lugar. Cierto que en su casa y en presencia de las esclavas ponía Laertes, padre de Ulises, freno á sus pasiones; y aunque no fuera por amor á la castidad, sino, como dice Homero, por temor á la cólera algún tanto brava de una esposa de áspera condición, ⁽³⁾ si no era virtud, á lo menos no era pecado. Había, por el contrario, otros á los que no domaban ni

(1) Isócrates, *Nicoles*, (3), 40. Aristóteles, *Polit.*, 7, 14 (16), 12.

(2) *Iliada*, IX, 449 y sig.

(3) *Odisea*, I, 433.

el temor ni el amor, de donde resultaban graves males.

El más triste y funesto ejemplo lo dió Agamenón, rey y jefe de los griegos. Había dejado en su casa á su mujer, expuesta á las pretensiones de Egisto; y en el campo atrajo sobre su ejército el castigo del cielo con su pasión por Criseida; ⁽¹⁾ fué después causa de una calamidad inaudita contra los suyos por haber robado á Aquiles la cautiva Briseida. ⁽²⁾ En fin, arrastró consigo á la ruina á la noble Casandra, á quien los celos de la infiel Clitemnestra hicieron sufrir la suerte que reservó ella más tarde al mismo héroe. ⁽³⁾ Si hasta cierto punto puede excusarse á Agamenón por el carácter de su esposa, no puede negarse la culpabilidad de Ulises. Porque, mientras la ilustre paciente, dejada por él en su palacio, resistía con fidelidad tenaz á las exigencias de los pretendientes, continuaba él en sus viajes su infidelidad con persistencia capaz de hacer creer que las cosas debían pasar así. ⁽⁴⁾ No era obstáculo la edad para que el prudente Nestor se mostrase verdadero griego haciendo abundantes libaciones, ⁽⁵⁾ y abandonándose al placer de los sentidos. ⁽⁶⁾

3. Matrimonio y esclavitud.—Sin embargo, era estado envidiable, comparado con lo que debía venir más tarde; revelaba con todo los tristes principios de la vida civilizada de los griegos.

Como ya lo hemos dicho, ejerció la esclavitud influencia profundamente desmoralizadora. En ella vemos evidente ejemplo de la aplicación del axioma: «la injusticia es ante todo perjudicial al que la comete». Quien se dé cuenta de los peligros á que está expuesta una sirvienta libre, que, sin embargo, tiene derecho para marcharse de la casa cuando lo cree conveniente, que, á lo menos, está protegida en apariencia por las leyes, cuando tiene valor y posibilidad

- (1) Iliada, I, 10 y sig.
- (2) Iliada, I, 184 y sig., 322 y sig.
- (3) Odisea, XI, 422.
- (4) Hesiodo, *Theog.*, 1011 y sig.
- (5) Iliada, XI, 642 XIV, 1.
- (6) Ateneo, I, p. 25, f.

de invocarlas, puede juzgar qué heroica había de ser la virtud de una esclava para evitar su ruina. En estas palabras resumió Eurípides toda la moral del esclavo: «Tiene un amo, á quien debe obedecer siempre; nada mejor para él que la obediencia; sean cualesquiera las exigencias de su amo, debe darle gusto». ⁽¹⁾ Según Aristóteles, «el esclavo es parte de su amo», ⁽²⁾ no sólo es su esclavo, es «su propiedad absoluta»; ⁽³⁾ no es «más que un instrumento», ⁽⁴⁾ «que ningún derecho tiene contra su señor». ⁽⁵⁾ No puede decirse que el amo y el esclavo son dos personas diferentes. El amo entraba sólo en cuenta; el esclavo le pertenecía enteramente, y estaba tan identificado con él, que no formaba «con él más que una persona». ⁽⁶⁾ Tiene tan pocos derechos en su favor el esclavo, «que es deber suyo soportar toda especie de afrentas». ⁽⁷⁾ «No tiene parte alguna en la felicidad». ⁽⁸⁾ Lo único que le es común con el amo, «es el derecho á los placeres de los sentidos», ⁽⁹⁾ según la idea generalmente recibida de que, por su naturaleza entera, «el esclavo prefiere la vida de los animales á cualquiera otra vida». ⁽¹⁰⁾ ¿Qué de extrañar es que, convencido el amo de la existencia de su derecho, tratase á aquella pobre criatura como á un animal, contra el cual no puede cometerse injusticia propiamente dicha? ¿Qué de extraño que fuera para el amo la mujer esclava una seducción continua, puesto que el único medio de hacerse soportable la vida, era hacerse indispensable para él? ¿Qué de extraño que, por todos los medios posibles, con el ardid y el engaño, tratase de adherirse á él indisolublemente, con desprecio de los miembros de la familia y principalmente

- (1) Eurípides, *Fragm.* 97 (Wagner).
- (2) Aristóteles, *Polít.*, 1, 2 (6), 20; *Ethic.*, 5, 6 (9), 8.
- (3) *Id.*, *íd.*, 1, 2 (4), 6.
- (4) *Id.*, *íd.*, 1, 2 (4), 7. Eudemo, *Moral.*, 7, 9, 2.
- (5) *Magna Moral.*, 1, 34, 17.
- (6) Eudemo, *Moral.*, 7, 9, 2.
- (7) Aristóteles, *Ethic.*, 4, 5 (11), 6.
- (8) *Id.*, *Polít.*, 3, 5 (9), 10; *Ethic.*, 10, 6, 8.
- (9) *Id.*, *Ethic.*, 10, 6, 8.
- (10) *Id.*, *Ethic.*, 1, 5, (3), 3.

de la esposa? Ciertamente semejante estado de cosas debió desmoralizar profundamente al amo y envenenar la vida doméstica. Y tanto más, cuanto que á los ojos del público, aun en las mejores épocas de los tiempos antiguos, ningún castigo ni ninguna mancha caía sobre el amo, que podía permitirse cuanto se le antojase con respecto á aquella desgraciada criatura.

Hubo un tiempo en que podía acudir á los tribunales la mujer que era pospuesta á las concubinas; ⁽¹⁾ pero más tarde, como lo atestigua Platón, apenas si le atendía el juez. ⁽²⁾ Además, no tenía recurso alguno contra las esclavas. Debía, pues, resultar naturalmente la corrupción del hombre, de la mujer, de los hijos ⁽³⁾ y de las mismas esclavas. ⁽⁴⁾ Siempre y en todas partes sucede lo mismo. Donde reine la esclavitud, habrá inevitablemente barbarie sin límites, como nos lo cuentan hoy mismo los que viajan por países de esclavos. ⁽⁵⁾ Apenas si tiene el esclavo idea del honor, de la decencia, de la virtud y de la vergüenza. ⁽⁶⁾ Pero donde es preferida la esclava, debe por necesidad degenerar la esposa; por otra parte se forma la familia en medio de discordias cotidianas y de malos ejemplos. La madre no puede ni amar ni educar á hijos sobre los que no tiene derecho alguno, y que trae al mundo para satisfacer placeres y caprichos extraños. ¿Cómo la joven podrá ser casta, cuando sabe que es propiedad sin voluntad y sin protección de las pasiones de su amo, ó que pertenecerá al primer comprador que se acerque? Donde reina la esclavitud, son imposibles el amor, la pureza, la delicadeza de sentimientos y el espíritu de familia. ⁽⁷⁾ ¡Qué

(1) Alcifrón, *Epist.*, 1, 6, 4. Diógenes Laertes, 4, 17. Plutarco, *Alcibiad.* 8, 7.

(2) Platón, *Leg.*, 8, p. 841, a, b.

(3) Wallon, *Historia de la esclavitud*, (2) I, 443 y sig.; Cf. I, 408 y sig., II, 278 y sig.

(4) Wallon, I, 437 y sig., 453 y sig., 325 y sig.

(5) Harris, *Gestandtschaftsreise nach Choa*, Stuttg. 1845, II, 275 y sig.

(6) Andree, *Forschungsreisen in Arabien und Afrika*, II, 381; I, 382.

(7) Backer, *Der Albert N'Yanza*, Deutsch von Martin, (3), 467.

océano de indescriptibles miserias nos trae á los ojos esa palabra, esclavitud!

4. El matrimonio entre los romanos.—Mas tanto como entre los griegos sucedían estas mismas cosas entre los romanos. Hay, pues, que mirar casi como milagro el que en la antigua Roma fuera tan brillante la civilización como con frecuencia nos la pintan. Se ha pretendido en los tiempos modernos, que si bien existía tan degradado el matrimonio en Roma como en Grecia, eran, sin embargo, más severas las leyes. ⁽¹⁾ ¡Exageración! Hay suficientes hechos para refutar la preocupación de que, en la Roma antigua, estuvieron exentas de censura las condiciones del matrimonio. Se complacían ya los antiguos en esta afirmación, y, como prueba, decían que, por razones políticas, había dado Carvilio el primer ejemplo de divorcio, quinientos años después de la fundación de Roma. ⁽²⁾ Es erróneo. Debe entenderse en el sentido de que fué el primer divorcio libre. ⁽³⁾ Conocemos ejemplos ciertos y mucho más antiguos. ⁽⁴⁾

Testimonio tristísimo del estado de la sociedad en aquellos tiempos, que se consideran como los mejores de Roma, son las noticias que nos da Tito Livio de la ciudad hacia el año de 459. No es poco que pisoteen en público su honor matronas distinguidas; pero que en circunstancias tales puedan esas matronas librarse con dinero de las penas impuestas por la ley, es prueba patente del nivel á que había descendido la moral pública. ⁽⁵⁾

Fuerte impresión de farisaísmo nos produce lo que vemos en el exterior de Roma, tan severa aparentemente. Matar á palos á la mujer, ó dejarla morir de hambre, porque le gustaba un poco el vino, ó por haber tomado la llave de la bodega, y hacerlo impunemente, como lo hacían

(1) Karl Schmidt, *Bürgerliche Gesellschaft in der altrömischen Welt*, 27 y sig.

(2) Aulo Gell., 4, 3; Valer. Max., 2, 1, 4.

(3) Rein, *Civilprozess der Römer*, 450 y sig.

(4) Plutarco, *Romul.*, 22, 4. Valer. Max., 2, 9, 2.

(5) Tito Livio, 10, 31.

los antiguos romanos, ⁽¹⁾ era desprecio bárbaro, ó brutal fanfarronada que contrastaba singularmente con la honrabilidad exterior unida al nombre de familia; pero era cuidar muy poco de su dignidad y de la virtud interior de que debe ser santuario la familia.

Cuando los lazos de la familia estaban ya tan flojos, que se hallaba en peligro inminente el bien público, quiso apretarlos Metelo Numídico, proponiendo leyes de policía destinadas á suprimir, á lo menos, los desarreglos públicos. Lo hizo en un discurso en que con estas palabras abominables desacreditó completamente la moralidad que según él y sus conciudadanos podía haber todavía: Si dependiera, dijo, de mi sentimiento personal, quedarían todos descargados del pesado yugo del matrimonio; pero es una necesidad que hay que soportar. ⁽²⁾ Ciertamente que era triste confesión de la contradicción que existía entre la rigidez exterior y la corrupción del sentimiento interior. Pero aparece con colores más sombríos el contraste en la vida del moralista de hierro, el viejo Catón. En público, en presencia de otras personas, acometía contra la relajación de la antigua disciplina, con un furor que rayaba en ridículo. Un día hechó del Senado al pretor Manilio, porque en pleno día había abrazado á su mujer delante de su hija. Verdadero Tartufo, se presentaba como modelo, diciendo que no acariciaba á su mujer, sino cuando la amenazaba alguna violenta tempestad; ⁽³⁾ lo que, aunque viejo, no le impedía llevar una vida disoluta, con escándalo de la gente de su casa y de sus hijos, pues ⁽⁴⁾ llegaba hasta comerciar con la virtud de sus esclavos, hombres y mujeres. ⁽⁵⁾ En pocas palabras, su conducta no fué diferente de la que en todos los tiempos ha tenido el rigorismo orgulloso y exagerado de los fariseos; y á pesar de todo, fué el santo más festejado de la antigüedad, el personaje en quien veía Ro-

(1) Plinio, *H. n.*, 14, 14 (13), 2.

(2) Aulo Gell., 1, 6.

(3) Plutarco, *Cato maj.*, 17, 10; *Conjug. proec.*, 13.

(4) *Id.*, *id.*, 24, 2 s.; *Aristid et Cat. compar.*, 6, 2.

(5) *Id.*, *id.*, 21, 4.

ma su modelo más eminente. También Catón el Joven procuró ser exteriormente fiel copia de su abuelo, lo que no le impidió alquilar, con contrato formal, á su segunda esposa, Marcia, al Retórico Hortensio, después de haberse divorciado de la primera, Atilia, por cuestión de inmoralidad. Cuando al morir Hortensio, dejó á Marcia una muy bonita fortuna, llevó Catón su delicadeza hasta volver á tomarla á ella y el dinero. ⁽¹⁾

Es verdad que produjo el hecho cierta extrañeza en la época en que se verificó; pero basta que haya sido posible. Y es lo más triste que Catón el Joven hacía simplemente uso del derecho que tenía todo ciudadano romano, y que autorizaba expresamente una ley antigua que se remontaba quizá hasta Rómulo. ⁽²⁾ Si así es, razón tenemos para sentir muy poco aprecio por la legislación de la antigua Roma.

5. El matrimonio entre los germanos.—Por desgracia tenemos que rebatir en la misma proporción las exageradas alabanzas que se han tributado á los antiguos germanos. Es cierto que tenían en gran estimación la castidad y la fidelidad; pero nos engañaríamos en gran manera, si quisiéramos buscar la explicación en motivos religiosos y morales; entre ellos era aquel resultado el fruto de miras políticas. Quería darse á la familia una sangre pura y al Estado sanos y vigorosos guerreros. ⁽³⁾ Hay que confesar que no era muy elevada aquella idea.

Tenemos sobre las relaciones de los sexos, una serie de antiguos proverbios, que son sólo reglas de prudencia, pero que revelan poca moralidad en los caracteres y gran desprecio por la mujer. ⁽⁴⁾ Pues no va tan lejos en el fondo, como se cree, esa estimación que sentían por la mujer los germanos, y que descansaba en falsas ideas religiosas. Más bien que estimación interior y verdadera de la mujer, se

(1) Apiano, *Bell. civ.*, 2, 99. Plutarco, *Cato minor.*, 52, 3.

(2) Estrabón, 11, 9, 1; Plutarco, *Lycurg. et Numæ comp.*, 3, 2.

(3) Holtzmann, *Germanische Alterthümer*, 210, 213.

(4) Maurer, *Bekehrung der nordischen Stämme*, II, 159 y sig.